

QUINCE AÑOS CON HAZARD RECORDS: LA VACA, LA CEBADA Y EL ALGUACIL

Jesús Brotons aka Música Veneno

Una noche temí seriamente que me rompieran un hueso. Tiempo atrás había leído en algún sitio que un *hooligan* enfurecido y presumiblemente borracho le había hecho exactamente eso a Stephen Mallinder, de Cabaret Voltaire, durante una de las primeras actuaciones en público del grupo. Tuve la anécdota muy presente, en primerísimo plano cerebral, durante la media hora escasa que permanecí sobre el improvisado escenario de un local cuyo nombre he olvidado, en un pequeño pueblo del interior de Catalunya cuyo nombre tampoco recuerdo.

A juzgar por los conminatorios vociferios que estuve recibiendo, el escaso público reunido, al que el calificativo de "respetable" le quedaba ancho, no debía andar muy versado en las artes de Yasunao Tone y el colectivo Ongaku, artistas a quienes yo, sin vergüenza ni disimulo, estaba copiando ante sus enrojecidos ojos. Y otra cosa estaba haciendo: fastidiarles la noche, como a grito pelado bien se encargaron de hacerme saber. No llegaron los ultimátums a más y salí del bar indemne, menos mal, y con una valiosa lección aprendida: la música experimental te la haces tú en tu casa y se la endilgas a quien la quiera. O si no, tú mismo.

Quiérase que tenía otra cita comprometida, unos días después repetí mi circo de repeticiones aleatorias y errores digitales en otra localidad; esta sí la recuerdo: Cardedeu. Aquí el público fue más receptivo o como mínimo mudo, ya que ningún grito se oye en *Cardedeu 98*, grabación de aquel concierto y a la sazón primer disco de Música Veneno, que unos meses después, ya en 1999, vio la luz en un sello que por entonces se estrenaba, Hazard Records.

Los componentes de Superelvis, uno de mis grupos de ayer, hoy y siempre y responsables de Hazard, sí conocían al Yasunao, sí conocían a los Ongaku (la rama japonesa de Fluxus) y, por encima de todo, me conocían a mí, lo cual me garantizaba cierta manga ancha. Así, la música experimental que había hecho en Cardedeu y luego medio adecentado en casa se la endilgué a Hazard. Porque la quisieron. Y la quisieron porque la entendieron. Y con el entendimiento llegan el gusto adquirido y la apreciación, y con estos la defensa a pecho descubierto ante cualquier sediento *hooligan* de ojos enrojecidos. ¡Ellos mismos!

En mi bautismo como "hurtista" de Hazard sin duda tuvo peso que comulgara con los preceptos del sello, que eran los suyos como personas; también ellos se las habían tenido que ver, metafóricamente, con hooligans de ojos enrojecidos, mucho más preocupantes que los míos pues estos eran intangibles y rígidos, su sed era de dinero y sus armas no eran los gritos sino las imposiciones arbitrarias, las leyes cortadas a medida y las multas inapelables. Agrupados bajo siglas que todos conocemos, en el cambio de milenio los matasietes legales ejercían censura y coerción sobre quienes no acataran sus dictámenes ajenos a toda lógica salvo la materialista; su poder era omnímodo, su trapacera voracidad no conocía límites y la música era un mercado que ellos habían vallado y en el que no había transacción, intercambio o dádiva sonora del que no exigieran tributo. Hasta cierto punto sigue siendo así, pero ahora sabemos que el secreto está en plantar cara: como los vacuos matones que son, se achantan.

Lo sabemos gracias, entre otra gente, a Hazard, que cumple estos días tres lustros como sello independiente; pero independiente de verdad, no en el sentido carente de ídem con el que se suele aplicar el término. Si de algo ha dependido Hazard en estos años no ha sido de las ventas, la aceptación pública o las apariciones en prensa, sino de la constancia y la fe en la labor emprendida de sus artífices, irreductibles ellos, además de la complicidad de un puñado de artistas -o símiles de

tales- de expulsión garantizada en cualquier fiesta. Cónclave y nido de francotiradores, disidentes y kamikazes de tornillo suelto, Hazard Records ha demostrado, posiblemente sin nunca pretenderlo, que hay formas de trabajar y de dar a conocer tu trabajo libres de censuras propias y ajenas, manipulaciones y miedos: al que dirán, a cómo se recibirá, a si me van a multar por samplear esto, a no aceptar obediencia a quienes se arrogan la propiedad de todo lo que suena y ansían controlar todo lo que se transmite. Disidentes, ya digo; nosotros mismos.

En realidad nada de esto es nuevo, nadie aquí ha inventado nada. Se trata, con matices, de la economía de trueques que se hizo toda la vida antes de esta; aquella, tan simple y tan lógica, en la que el propietario de una vaca cede la leche al consumidor a cambio de un saco de cebada, ignorando al cacique de turno que exige intermediación y porcentaje a santo no se sabe de qué y amenaza a ambos con enviar al alguacil, encarcelarlos y sacrificar a la vaca. La diferencia es que la cebada que pide Hazard es inmaterial; consiste en un par de oídos y, si acaso, un poco de atención. Algunos de los trabajos que ha publicado el sello, gratuitos, a disposición de quien los quiera, muestran miles de descargas en su contador. Jamás recibirán un disco de oro o un mp3 de oro ni de nada, pero es que en Hazard Records jamás se buscó eso. Las galas y los fastos y el peloteo de los sicofantes que se los metan los caciques y los alguaciles donde le quepan. Lo cual no obsta para que los jamones, las botellas de bourbon y los quesos de tetilla sean bien recibidos, en caso de que los quieran enviar. ¡Ustedes mismos!

Nunca he vuelto a temer, como aquella noche de 1998, que algún personaje cerril subiera al escenario dispuesto a contribuir al espectáculo rompiéndome un hueso. Pragmático que me he vuelto, inconsciente quizá, hasta es posible que aprovechara para grabar el sonido de mi húmero al quebrarse y lo utilizara luego en algún tema. El tema resultante difícilmente tendría acogida en un sello convencional, pero por fortuna existe Hazard. Y ojalá exista muchos años más. Los disidentes y los kamikazes de tornillo suelto necesitamos gente que, con valentía, trabajo firme y una constancia forjada en hierro, sigan plantando cara al mundo y a sus leyes, obstinados en mostrar una forma diferente de hacer las cosas ajena a los réditos económicos, la codicia de los altos funcionarios y los tejemanejes de despacho. ¡Gracias, compañeros!